



laleydedios.org

Appendix 8f: El Servicio de Comunión — La Última Cena de Jesús Fue la Pascua

Esta página es parte de una serie que explora las leyes de Dios que solo podían obedecerse cuando el Templo estaba presente en Jerusalén.

- [Appendix 8a: Las Leyes de Dios Que Requieren el Templo](#)
- [Appendix 8b: Los Sacrificios — Por Qué No Pueden Guardarse Hoy](#)
- [Appendix 8c: Las Fiestas Bíblicas — Por Qué Ninguna Puede Guardarse Hoy](#)
- [Appendix 8d: Las Leyes de Purificación — Por Qué No Pueden Guardarse Sin el Templo](#)
- [Appendix 8e: Los Diezmos y las Primicias — Por Qué No Pueden Guardarse Hoy](#)
- [Appendix 8f: El Servicio de Comunión — La Última Cena de Jesús Fue la Pascua](#) (Esta página).
- [Appendix 8g: Las Leyes del Nazareato y de los Votos — Por Qué No Pueden Guardarse Hoy](#)
- [Appendix 8h: La Obediencia Parcial o Simbólica Relacionada con el Templo](#)
- [Appendix 8i: La Cruz y el Templo](#)

El servicio de comunión es uno de los ejemplos más fuertes de lo que esta serie está exponiendo: una “obediencia” simbólica inventada para reemplazar mandamientos que el mismo Dios hizo imposibles de guardar cuando quitó el Templo, el altar y el sacerdocio levítico. La Ley de Dios nunca mandó una ceremonia recurrente de pan y vino en lugar de los sacrificios o de la Pascua. Jesús nunca canceló las leyes del Templo, y nunca instituyó un nuevo ritual para reemplazarlas. Lo que hoy la gente llama “la Cena del Señor” no es un mandamiento de la Torá y no es una ley de Dios independiente del Templo. Es una ceremonia humana construida sobre un malentendido de lo que Jesús hizo en Su última Pascua.

El modelo de la Ley: sacrificios reales, sangre real, altar real

Bajo la Ley, el perdón y el recuerdo nunca estuvieron ligados a símbolos sin sacrificio. El modelo central es claro: el pecado se trata cuando sangre real es presentada en un altar real, en el lugar que

Dios escogió para Su Nombre (Levítico 17:11; Deuteronomio 12:5-7). Esto es cierto para los sacrificios diarios, las ofrendas por el pecado, los holocaustos y también para el propio cordero de la Pascua (Éxodo 12:3-14; Deuteronomio 16:1-7).

La comida de la Pascua no era un servicio de recuerdo libre e improvisado. Era un rito ordenado, con:

- **Un cordero real, sin defecto**
 - Éxodo 12:3 — Cada familia debía tomar un cordero conforme al mandamiento de Dios.
 - Éxodo 12:5 — El cordero debía ser sin defecto, macho de un año, perfecto.
- **Sangre real, manejada exactamente como Dios ordenó**
 - Éxodo 12:7 — Debían tomar la sangre del cordero y ponerla en los postes y en el dintel de las puertas.
 - Éxodo 12:13 — La sangre sería una señal para ellos; Dios pasaría de largo solo donde la sangre real hubiera sido aplicada.
- **Pan sin levadura y hierbas amargas**
 - Éxodo 12:8 — Debían comer el cordero con pan sin levadura y hierbas amargas.
 - Deuteronomio 16:3 — No debían comer pan con levadura, sino solo pan de aflicción durante siete días.
- **Un momento y un orden específicos**
 - Éxodo 12:6 — El cordero debía ser inmolado al atardecer, el día catorce.
 - Levítico 23:5 — La Pascua es el día catorce del primer mes, en el tiempo señalado.

Más tarde, Dios centralizó la Pascua: el cordero ya no podía sacrificarse en cualquier ciudad, sino solo en el lugar que Él escogiera, delante de Su altar (Deuteronomio 16:5-7). Todo el sistema dependía del Templo. No existía tal cosa como una “Pascua simbólica” sin sacrificio.

Cómo recordaba Israel la redención

Dios mismo definió cómo debía Israel recordar el éxodo de Egipto. No era mediante una simple meditación ni un gesto simbólico, sino mediante el servicio anual de la Pascua que Él mandó (Éxodo 12:14, 12:24-27). Los hijos debían preguntar: “¿Qué significa este rito?” y la respuesta estaba ligada a la sangre del cordero y a los actos de Dios en aquella noche (Éxodo 12:26-27).

Cuando el Templo estaba en pie, el Israel fiel obedecía subiendo a Jerusalén, haciendo sacrificar el cordero en el santuario y comiendo la Pascua tal como Dios ordenó (Deuteronomio 16:1-7). Ningún profeta anunció jamás que, algún día, esto sería reemplazado por un simple trozo de pan y un sorbo de vino en edificios esparcidos entre las naciones. La Ley no conoce este reemplazo. Solo conoce la Pascua tal como Dios la definió.

Jesús y Su última Pascua

Los Evangelios son claros: cuando Jesús comió con Sus discípulos en la noche en que fue traicionado, era la Pascua, no una nueva ceremonia para gentiles (Mateo 26:17-19; Marcos 14:12-16; Lucas 22:7-15). Él caminaba en plena obediencia a los mandamientos de Su Padre, guardando la misma Pascua establecida por Dios.

En esa mesa, Jesús tomó pan y dijo: “Esto es mi cuerpo”, y tomó la copa y habló de Su sangre del pacto (Mateo 26:26-28; Marcos 14:22-24; Lucas 22:19-20). No estaba aboliendo la Pascua, ni cancelando los sacrificios, ni redactando nuevas leyes para servicios religiosos de los gentiles. Estaba explicando que Su propia muerte, como el verdadero Cordero de Dios, daría el pleno significado a todo lo que la Ley ya había mandado.

Cuando dijo: “Haced esto en memoria de mí” (Lucas 22:19), ese “esto” era la comida de la Pascua que estaban comiendo, no una ceremonia completamente nueva, desligada de la Ley, del Templo y del altar. No hay ningún mandamiento de Sus labios que instituya un nuevo rito independiente del Templo, con su propio calendario, sus propias reglas y su propio clero. Jesús ya había dicho que no vino a abolir la Ley ni los Profetas, y que ni la letra más pequeña caería de la Ley (Mateo 5:17-19). Él nunca dijo: “Después de mi muerte, olviden la Pascua y, en su lugar, creen un servicio de pan y vino dondequiera que estén.”

El Templo quitado, no la Ley abolida

Jesús predijo la [destrucción del Templo](#) (Lucas 21:5-6). Cuando esto ocurrió en el año 70 d.C., cesaron los sacrificios, el altar fue quitado y el servicio levítico terminó. Pero nada de esto fue la abolición de la Ley. Fue juicio. Los mandamientos sobre los sacrificios y la Pascua permanecen escritos, intactos. Simplemente son imposibles de guardar porque Dios quitó el sistema en el que operan.

¿Qué hicieron los hombres? En lugar de aceptar que algunas leyes deben ser honradas pero no pueden guardarse hasta que Dios restaure el santuario, los líderes religiosos crearon un nuevo ritual — el servicio de comunión — y declararon que esta invención es ahora la forma de “recordar” a Jesús y “participar” en Su sacrificio. Tomaron el pan y la copa de la mesa de la Pascua y construyeron toda una nueva estructura en torno a ellos, fuera del Templo, fuera de la Ley, fuera de cualquier cosa mandada por el propio Dios.

Por qué el servicio de comunión es obediencia simbólica

El servicio de comunión se presenta casi en todas partes como un reemplazo de los sacrificios del Templo y de la Pascua. Se les dice a las personas que, al comer pan y beber vino (o jugo) en un edificio de iglesia o en cualquier edificio, están obedeciendo un mandamiento de Cristo y cumpliendo aquello hacia lo que apuntaba la Ley. Pero esto es exactamente el tipo de obediencia simbólica que Dios no ha autorizado.

La Ley nunca dijo a nadie que un símbolo, sin altar y sin sangre, pudiera reemplazar los sacrificios ordenados. Jesús nunca dijo eso. Los profetas nunca dijeron eso. No hay ninguna ley que defina:

- Con qué frecuencia debe realizarse esta nueva comunión
- Quién debe presidirla
- Dónde debe llevarse a cabo
- Qué ocurre si alguien nunca participa

Al igual que los fariseos, saduceos y escribas, todos estos detalles han sido inventados por hombres (Marcos 7:7-9). Se han construido teologías enteras sobre esta ceremonia — algunos la llaman sacramento, otros renovación del pacto — pero nada de esto viene de la Ley de Dios ni de las palabras de Jesús en los Evangelios, entendidas en su contexto.

El resultado es trágico: multitudes creen que están “obedeciendo” a Dios al participar en un ritual que Él nunca mandó. Las verdaderas leyes del Templo siguen en pie, imposibles de guardar porque Dios quitó el Templo; y en lugar de honrar este hecho con temor y humildad, la gente insiste en fingir que un servicio simbólico puede ocupar su lugar.

Recordar a Jesús sin inventar nuevas leyes

Las Escrituras no nos dejan sin orientación sobre cómo honrar al Mesías después de Su ascensión. El mismo Jesús dijo: “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos” (Juan 14:15). También preguntó: “¿Por qué me llamáis: ‘Señor, Señor’, y no hacéis lo que digo?” (Lucas 6:46).

La manera de recordarlo no es mediante ceremonias inventadas, sino mediante la obediencia a todo lo que Su Padre ya había hablado por medio de los profetas que vinieron antes del Mesías y por medio del propio Mesías.

Obedecemos lo que puede obedecerse, y honramos lo que no puede

La Ley permanece intacta. La Pascua y el sistema de sacrificios permanecen escritos como estatutos eternos, pero su obediencia ahora es imposible porque Dios mismo quitó el Templo, el altar y el sacerdocio. El servicio de comunión no cambia esta realidad. No convierte un pan simbólico y un vino simbólico en obediencia. No cumple las leyes del Templo. No viene de la Torá, y Jesús nunca lo mandó como una nueva ordenanza independiente para las naciones.

Obedecemos lo que sí puede obedecerse hoy: los mandamientos que no dependen del Templo. Honramos lo que no puede obedecerse al negarnos a inventar sustitutos. El servicio de comunión es un intento humano de llenar un vacío que el mismo Dios creó. El verdadero temor del Señor nos lleva a rechazar esta ilusión de obediencia y volver a lo que Él realmente mandó.